

Principiante

El mero hecho de tener delante un patrón no significa que sepas cómo confeccionarlo. Ve paso a paso: no te fijas en la gente cuyas habilidades estén por encima de tu alcance. Cuando eres nueva en alguna cosa —o hace tiempo que no la practicas— puede llegar a resultar extremadamente difícil hacerlo bien. Cada paso en falso se vive como un motivo para abandonar. Envidias a todo aquel que sabe lo que está haciendo. ¿Qué te hace seguir adelante? La convicción de que algún día tú también serás así: elegante; capaz; segura de ti misma; experimentada. Y puedes serlo. Lo único que te hace falta es entusiasmo. Un poco de decisión. Y sentido del humor, eso siempre.



Uno



La tienda de Manhattan Walker e Hija: Labores de Punto ya había cerrado y Dakota se encontraba en el centro del establecimiento, lidiando con la cinta adhesiva. Se había pasado más de veinte minutos intentando envolver un cochecito de lona para gemelos Peg Perego con un reluciente papel de regalo de color amarillo, pues el rollo de cartón no hacía más que salirse del papel y caerse al suelo de la tienda, con lo cual con cada movimiento se arrugaban y rompían lo que parecían kilómetros de papel. ¡Menudo desastre! Lo más fácil hubiera sido atar un globo en esa cosa, pensó, pero Peri había insistido mucho en que todo estuviera envuelto y adornado con cintas.

Los regalos, envueltos con papel de conejitos o de dibujos de animales de la selva, estaban apilados encima de la sólida mesa de madera que constituía el centro de la tienda de punto. La pared de las lanas se había ordenado para que ni uno solo de los estantes —desde el de los rojos frambuesa al de los verdes apio— careciera de su color. Peri también había planeado una serie de juegos de adivinanzas que daban vergüenza ajena («¡Adivina cuánto pesará el bebé!», «¡Prueba distintas comidas infantiles e intenta adivinar el sabor!», «¡Calcula el volumen del vientre de la madre!»), y que habrían hecho que la madre de Dakota meneara la cabeza. Georgia Walker nunca había sido aficionada a los juegos tontos.

—Será divertido —afirmó Peri cuando Dakota protestó—. No hemos tenido una noche de viernes dedicada a un bebé desde Lucie y Ginger, y de eso hace ya cinco años. Además, ¿a quién no le gustan las fiestas para celebrar un nacimiento? ¡Todos esos

peleles y esas toallas tan monas con orejas de animales! Se te pone la carne de gallina, en serio. ¿No te encanta?

—Pues no —respondió Dakota—. Y dos veces no. Mis amigos y yo estamos más bien ocupados en la universidad.

Tenía la mano apoyada en la cintura de sus vaqueros de color índigo mientras miraba a Peri, quien fingió no preocuparse demasiado por lo que la joven había hecho con el regalo. El cochecito parecía un plátano amarillo gigante. Un plátano arrugado y roto. Suspiró. Dakota era una joven muy atractiva que tenía una piel cremosa de color tostado y la misma altura y oscuros cabellos rizados que su madre. Sin embargo, continuaba siendo un poco desgarbada y daba la impresión de que no estaba del todo cómoda con la transformación de su figura. Tenía dieciocho años y aún se estaba convirtiendo en sí misma.

—Gracias a Dios —replicó Peri.

Discretamente, trataba de despegar la cinta adhesiva del papel amarillo para rehacer los bordes del envoltorio. Tanto si estaba dirigiendo la tienda como diseñando los bolsos de su negocio secundario, ahora todo lo abordaba con precisión. Trabajar con Georgia había sido la mejor capacitación que hubiera podido recibir para llevar un negocio... dos negocios, en realidad. Su propia empresa de bolsos, Peri Pocketbook, así como la tienda de Georgia. Aun así, Peri tenía la sensación de haber hecho mucho para que todo siguiera marchando desde la muerte de Georgia y, ahora que rondaba los treinta, empezaba a sentir deseos de avanzar. No sabía en qué dirección. Pero sin ella ya no habría más Walker e Hija. De eso sí estaba segura.

En ocasiones no resultaba muy satisfactorio dedicar tanto esfuerzo a algo que, por esencia, pertenecía a otra persona. Era suyo pero en realidad no lo era.

Para empezar, durante el último año aproximadamente, Dakota se había mostrado cada vez menos interesada en la tienda y los sábados acudía a trabajar refunfuñando, tarde como de costumbre, y a veces parecía que se hubiera limitado a levantarse de la cama y vestirse de cualquier manera con lo primero que encontró. Esto suponía un gran cambio respecto a sus primeros años de adolescencia, cuando parecía disfrutar muchísimo de los ratos que pasaba en la tienda. Sin embargo, había breves

momentos en los que su actitud de hastío desaparecía y Peri veía indicios de aquella pequeña chistosa de ojos vivarachos a quien le encantaba elaborar pasteles y que podía pasarse horas haciendo punto con su madre en la trastienda o en el apartamento que las dos habían compartido en el piso de arriba.

La tienda estaba situada en la calle Setenta y siete con Broadway, justo encima de la charcutería de Marty, entre las *boutiques* y restaurantes del Upper West Side de Manhattan. Era una parte de la ciudad muy bonita, a tan sólo unas manzanas de distancia del verdor de Central Park y del frescor del río Hudson en dirección contraria. La zona era muy ruidosa, desde luego —las bocinas de los taxis, el retumbo del metro por debajo de las calles, el golpeteo de los tacones en la acera y un remolino de conversaciones por teléfono móvil en todas partes—, pero era precisamente ese tipo de alboroto el que atrajo a Georgia Walker cuando se mudó. A ella no le importaban los pitidos del camión de la Coca-Cola a las cinco de la madrugada cuando traía el género a la charcutería y aparcaba en la calle. No si ello significaba vivir dentro mismo de la acción, enseñándole a su hija el mundo que ella a duras penas había imaginado cuando se criaba en una granja de Pensilvania.

Claro que ahora era Peri la que vivía en el apartamento del piso de arriba que había sido de Georgia, y el despacho de la trastienda ya no existía. Habían derribado la pared hacia poco para hacer un escaparate aparte para los bolsos que diseñaba y vendía Peri; cada bolso se exponía por separado en un estante de acrílico transparente fijado en la pared, pintada de color gris intenso.

Los cambios en la tienda cuajaron después de mucho discutir con Anita y con Dakota, y también habían consultado a James, el padre de Dakota, por supuesto, aunque más que nada por su pericia como arquitecto. Pero desde el punto de vista económico tenía sentido: en el apartamento, Peri había convertido el dormitorio de infancia de Dakota en un despacho, de modo que ya no era necesario cuadrar las cuentas en la tienda. ¿Por qué malgastar entonces el valioso espacio del establecimiento? Además, siempre se había sobreentendido —tanto con Georgia como con James y Anita, cuando Georgia murió— que su negocio con los bolsos tendría la oportunidad de prosperar. Ella así se lo

recordó a los dos mientras evitaba deliberadamente el único ultimátum que sabía que más temían todos: si no podía reformar la tienda, la dejaría. El asunto quedó flotando en el aire y Peri evitó expresarlo a menos que fuera absolutamente necesario.

Al fin y al cabo, ¿qué ocurriría con la tienda si Peri se marchaba? Seguro que Anita, quien había cumplido setenta y ocho en su último cumpleaños (aunque apenas parecía lo bastante mayor como para cobrar de la seguridad social), no estaría dispuesta a tomar el relevo. Si bien seguía acudiendo dos días a la semana para ayudar y mantenerse ocupada, como decía ella, Anita y Marty pasaban mucho tiempo haciendo viajes rápidos, en tren o en coche, a maravillosos hostales rurales de Nueva Inglaterra y Canadá. Esa pareja estaba de vacaciones perpetuas y Peri se alegraba por ellos. Y también los envidiaba un poco. Sí, sin duda. Albergaba la esperanza de poder tener lo mismo algún día. Y si ese compañero de trabajo del departamento jurídico que su amiga K.C. no dejaba de nombrar era sólo la mitad de guapo de como se lo había descrito, ¿quién sabe lo que podría pasar?

Y luego estaba Dakota, que casi había terminado su primer año en la Universidad de Nueva York. No es que ella pudiera ofrecerse para hacerse cargo de la dirección de la tienda... y ni siquiera parecía tener ganas de hacerlo.

No todo el mundo quiere entrar en el negocio familiar.

La decisión de Peri de trabajar en la tienda de punto y de crear sus propios diseños no fue muy bien recibida en su familia. Sus padres querían que fuera abogada, y ella, diligentemente, hizo el examen de ingreso de la facultad de derecho y obtuvo plaza, pero la rechazó, con lo cual dejó a todo el mundo descolocado. Georgia no se dejó intimidar por la madre de Peri, quien voló desde Chicago para presionar a Georgia para que despidiera a su hija, y esto Peri no lo había olvidado. Aun cuando hubo dificultades en la tienda, Peri reflexionó sobre cómo Georgia la había ayudado y había aguantado. De todos modos, el trabajo de dos negocios absorbía todos sus días y muchas de sus noches, por lo que los últimos cinco años parecían haber pasado muy deprisa. Fue como si un día, al despertarse, se diera cuenta de que tenía casi treinta años, seguía soltera y no estaba contenta con la situación.

Resultaba difícil conocer gente en Nueva York. Bueno, gente no. Hombres. Hombres como James Foster. Peri estaba algo enamorada de él desde que regresó a por Georgia, y para ella ese hombre seguía siendo la personificación del compañero exitoso y seguro de sí mismo que anhelaba.

Claro que si James se había interesado por la tienda era únicamente desde el punto de vista de echarle un ojo a la herencia que Georgia le había dejado a Dakota. Y la vieja amiga de Georgia, Catherine, se encontraba rodeada de porquerías en Hudson Valley, pensó Peri, donde dirigía su tienda de antigüedades y cosas preciosas, bla, bla, bla... Además, Catherine ni siquiera sabía hacer punto. Y lo cierto es que ella y Peri nunca habían conectado; era más bien como si compartieran varias amistades mutuas, pero no lograron llegar a conocerse del todo, ni siquiera después de tanto tiempo. Peri solía sentirse juzgada siempre que Catherine entraba majestuosamente en la tienda, embebiéndose de todo con sus ojos de un azul grisáceo perfectamente maquillados y ni uno solo de sus cabellos rubios fuera de su sitio.

No, con los años se había confirmado más la sensación de que o Peri seguía llevando Walker e Hija o habría llegado el momento de cerrar las puertas de la tienda de punto. El deseo de mantenerlo todo como había sido antes, de congelar el tiempo, seguía siendo muy fuerte entre el grupo de amigas. De modo que, si bien abogaba por un cambio, Peri se sentía culpable. Casi resultaba abrumador. Era producto de alguna fantasía natural que todas compartían pero de la que nunca hablaban: que todo debía mantenerse como estaba «por Georgia». ¿Para qué? ¿Para que deseara regresar? ¿Para que se sintiera como en casa? Porque hacer cambios en la tienda de Georgia sin que ella estuviera presente y sin consultárselo significaría que las cosas eran definitivas, ¿no es cierto? Que todos los momentos que las socias del club de punto de los viernes por la noche y la familia de Georgia Walker habían vivido, tanto los buenos como los malos, habían sucedido de verdad.

Que la tienda de punto de Georgia fuera el lugar donde un insólito grupo de mujeres se hubieran hecho amigas en torno a la mesa situada en el centro del establecimiento. Donde Anita, la elegante anciana que era la mayor adepta de Georgia,

aprendió a aceptar a Catherine, la antigua amiga de instituto de Georgia, y aplaudió cuando Catherine redescubrió su capacidad de respetarse a sí misma y abandonar un matrimonio vacío que no la llenaba. Fue en la tienda de Georgia donde la adusta y solitaria estudiante de posgrado Darwin encontró una verdadera amiga en la directora Lucie, que a sus cuarenta y tantos años se había embarcado en su primera maternidad, y donde Darwin se dio cuenta de lo mucho que deseaba afirmar el matrimonio con su esposo, Dan, tras una breve noche de infidelidad. Fue en la tienda de Georgia donde su empleada Peri reconoció que no quería ir a la facultad de derecho, y en la tienda de Georgia donde su amiga de muchos años K.C. confesó que ella sí quería. Fue allí donde el antiguo enamorado de Georgia, James, volvió a entrar en su vida y los dos descubrieron que la llama de su amor no se había extinguido. Y fue en la tienda, donde Dakota, la única hija de Georgia y James, había hecho los deberes y compartido sus *muffins* caseros con las amigas de su madre, y donde había caído rendida en el sofá del despacho de ésta esperando el fin de la jornada laboral para que las dos pudieran tomar una cena sencilla y subir a acostarse al apartamento del piso superior.

Y el hecho de que todo aquello hubiera ocurrido implicaba también que Georgia Walker enfermó con un cáncer de ovarios en fase avanzada, para fallecer de forma inesperada a causa de las complicaciones, dejando que su grupo se las arreglara sin ella a partir de entonces.

A lo largo de poco más de cinco años, todas siguieron adelante como siempre habían hecho —seguían encontrándose con regularidad en las reuniones aun cuando K.C. nunca daba un palo al agua con las agujas y, en cuanto a Darwin, el jersey plagado de fallos que le había hecho a su marido seguía siendo la prenda más compleja que hubiera confeccionado nunca—, y Peri lo había dejado todo prácticamente igual en la tienda. Año tras año resistía el impulso de cambiar la decoración, de volver a diseñar las bolsas de color lavanda con el logotipo de Walker e Hija, de limpiar el despacho de la trastienda con su sofá descolorido o de modernizar la vieja mesa de madera anclada en el establecimiento. Lo mantuvo todo intacto y dirigió el nego-

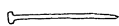
cio con la misma energía y minuciosidad que había demostrado Georgia, sacó beneficio de cada cuarto de dólar —aunque siempre iba mejor en invierno, claro está— y, siempre que tuvo un momento, trabajó frenéticamente para crear su línea de bolsos de punto y fieltrados. Y todavía le quedó energía suficiente para diversificarse con nuevas líneas y diseños.

Hasta que, al final, se hartó de trabajar en sus bolsos hasta altas horas de la noche y de sentirse siempre cansada. Dejó las agujas y envió un correo electrónico en plena noche. Escribió que necesitaba que se celebrara una reunión y mencionó las reformas. La idea de cambiar las cosas resultó un concepto imposible, por supuesto, y llevó mucho tiempo conseguir que Dakota y Anita accedieran. Aun así, Peri se mantuvo firme y finalmente se tiró la pared, se dieron unas manos de pintura y hasta se sustituyeron las sillas en torno a la mesa central, tan prácticas, por otras más cómodas y recién tapizadas. Esto confirió vitalidad a la tienda; seguía siendo acogedora, pero más fresca y elegante. Como sorpresa —y en un intento por granjearse la aprobación emocional de Dakota—, Peri pidió a Lucie que sacara una copia de una de las tomas eliminadas de su documental sobre la tienda, la primera película que exhibiera en el circuito de festivales, y había enmarcado una fotografía de Dakota y Georgia registrando juntas las ventas, cuando Dakota sólo tenía doce años y Georgia estaba vigorosamente sana. La foto se colgó detrás de la caja registradora, con el logotipo de Walker e Hija al lado.

—Le hubiese gustado —convino Dakota al tiempo que asentía con la cabeza—. Pero de los cambios en la tienda ya no sé qué decirte. Quizá tendríamos que volver a levantar el tabique.

—Georgia creía en seguir adelante —dijo Peri—. Probó cosas nuevas con la tienda. Piensa en el club, por ejemplo.

—No sé —repuso Dakota—. ¿Y si me olvido de cómo era antes? ¿Y si todo se desvanece? Entonces, ¿qué?



Aquella noche, por primera vez, todo el grupo vería el resultado final de la modernización de la tienda. Era una noche de abril agradablemente cálida y el club de punto de los viernes

iba a celebrar su reunión habitual. Mientras antes las mujeres se habían congregado todas las semanas en la tienda de Georgia, la combinación de sus ajetreadas carreras profesionales y cambiantes situaciones familiares les hacía más difícil poder reunirse con la misma asiduidad con que lo hicieron en el pasado. No obstante, todas las reuniones empezaban con abrazos y besos tras los que, sin más preámbulos, se ponían a contar los pequeños dramas de su día a día. Entre aquellas mujeres ya no había fingimiento, no se preocupaban por su aspecto o por su manera de actuar, sólo existía un sentido de colectividad que no cambiaba, tanto si se veían una vez a la semana como una vez al año. Había sido el último y más hermoso regalo que Georgia les hizo a cada una de ellas: el regalo de una amistad genuina e incondicional.

Sin embargo, aunque el tiempo no hubiera cambiado sus sentimientos hacia las demás, no les había ahorrado sus efectos lógicos en sus cuerpos, en sus profesiones, en sus vidas amorosas y en su cabello. Habían ocurrido muchas cosas en los últimos cinco años.

K.C. Silverman había publicado en la revista jurídica de la Universidad de Columbia, había pasado airosa el examen de abogacía... para terminar otra vez en Churchill Publishing —la misma empresa que la había despedido de su empleo editorial hacía cinco años— como parte del servicio jurídico interno.

—Por fin soy imprescindible —contó al grupo nada más empezar su trabajo—. Conozco todas las facetas del negocio.

Su nuevo sueldo se transformó, con un poco de orientación por parte de Peri, en una fabulosa colección de trajes. Y ya no llevaba el cabello cortado a lo chico como antes, se lo había dejado crecer y lo llevaba cortado en capas, un estilo más propio para una abogada. Durante una milésima de segundo experimentó con dejar que su cabello volviera a su gris natural, pero decidió que con cincuenta y dos años era demasiado joven para tanta seriedad y optó por un castaño claro.

—Si tuviera este precioso color plateado que tienes tú sería otra cosa —le dijo a Anita.

La difusión del documental de Lucie Brennan en el circuito de festivales había conducido a un trabajo temporal dirigiendo

un vídeo para un músico a quien le gustaba hacer punto en Walker e Hija. Cuando la canción llegó a figurar entre los diez primeros puestos de la lista de *Billboard*, Lucie pasó de ser productora a tiempo parcial para la televisión por cable local a dirigir un continuo aluvión de vídeos musicales, mientras a su lado, vestida con un pelele, su pequeña Ginger movía los labios siguiendo la música.

A sus cuarenta y ocho años estaba más ocupada y tenía más éxito de lo que nunca habría imaginado... y el cambio se reflejó en su apartamento. Ya no vivía de alquiler, sino que había adquirido un piso alto y soleado de dos dormitorios en el Upper West Side con un sofá precioso de respaldo ondeado en el que Lucie, quien de vez en cuando todavía padecía de insomnio, se acurrucaba en mitad de la noche. Sólo que ahora, en lugar de hacer punto hasta quedarse dormida, solía planificar las tomas para el rodaje del día siguiente.

Y a las gafas de concha que antes llevaba a diario se le habían unido toda una selección de monturas y lentes de contacto para sus ojos azules. Su cabello, si se lo dejaba con su rubio natural, resultaba un tanto... provocativo, de modo que se lo tiñó unos tonos más oscuro que el rubio rojizo de la pequeña Ginger, para darle un matiz bermejo.

Darwin Chiu terminó su tesis doctoral, publicó su primer libro (sobre la convergencia de la artesanía, Internet y los movimientos feministas) basado en sus investigaciones en Walker e Hija y consiguió un trabajo como profesora en el Hunter College, en tanto que su esposo, Dan Leung, obtuvo un puesto en la sala de urgencias de un hospital local. También encontraron un apartamento pequeño en el East Side, próximo al hospital y a la universidad, cuyo salón tenía las paredes cubiertas de estanterías baratas desbordantes de artículos y notas. A diferencia de las demás mujeres, Darwin no tenía ni una cana, aunque ya había cumplido los treinta, y seguía llevando el pelo largo, sin flequillo, que le daba un aspecto casi tan juvenil como el de sus alumnas de estudios femeninos.

Peri Gayle, una mujer muy atractiva de ojos castaños y mirada intensa, piel caoba y unas trenzas meticulosamente peinadas que le llegaban por debajo de los hombros, dirigía la tienda.

Anita Lowenstein empezó a adaptarse a la feliz relación que mantenía con Marty, aunque la decisión de ambos de no contraer matrimonio no dejaba de mencionarse.

—Vivo mi vida al revés —dijo al grupo—. Ahora que mi madre no puede hacer absolutamente nada al respecto, me rebelo contra lo que espera la sociedad.

Lo había dicho en broma, por supuesto. Para ser francos, irse a vivir juntos era una solución más sencilla en términos de planificación testamentaria y herencias y, tal como decían las estrellas de cine, ni ella ni Marty necesitaban un pedazo de papel para demostrar su compromiso.

—Vamos a llamarlo mi pareja —corrigió Anita a otra de sus amigas que se había equivocado al describir su relación—. Llamarlo novio a esta edad me parece demasiado.

No obstante, se habían comprado un piso nuevo y abandonado el apartamento con jardín privado del edificio de piedra rojiza que Marty poseía en el Upper West Side, dejando que la sobrina de Marty incorporara ese otro piso a lo que era su casa. Anita tenía setenta y ocho años, aunque si alguien se lo preguntaba alguna vez ella mentiría al respecto, y lo cierto era que parecía más joven, con su cabello gris cortado en capas y sus manos bien cuidadas. Gracias a Anita, Catherine apreciaba de verdad el valor de un factor de protección solar elevado.

El pequeño negocio de Catherine Anderson prosperaba al norte de la ciudad, en Cold Spring, aunque muchas veces seguía tomando el tren y pasaba algunos días en la casita bien cuidada y con muebles caros que había adquirido hacía poco, y otros, en el apartamento del edificio San Remo que Anita había compartido con su difunto esposo, Stan.

Se diría que cinco años era tiempo suficiente para que todo lo que había ocurrido se asentara y para que empezasen a aumentar las ganas de probar algo diferente.

—Si todos los regalos están ahí, no se va a sorprender demasiado —exclamó K.C. desde la entrada de Walker e Hija mientras empujaba un carrito rojo lleno de animales de peluche: un mono, una jirafa y dos ositos blancos. Peri interrumpió un momento sus intentos por envolver mejor el regalo de Dakota y saludó con la mano—. Deberíamos tratar de escondernos en

el despacho de la trastienda, ¡y luego salir dando un salto y sorprenderla! —añadió K.C. mientras devolvía el saludo agitando la mano, aunque sólo se encontraba a unos pasos de distancia—. ¿Qué decís?

Ella y Peri pertenecían a una generación distinta: K.C. tenía veintitrés años más que Peri; sin embargo, tal como la parlanchina de K.C., con sus problemas para controlar el volumen de su voz, contaba a todo aquel a quien le importara (y a menudo también a los que no) eran el arquetipo de las amigas del alma.

—Nos ayudamos mutuamente a progresar —explicó K.C. cuando, en una de las reuniones, Dakota le preguntó por qué pasaban tanto tiempo juntas siendo tan distintas a primera vista, tanto en su apariencia como en su modo de actuar—. Cotilleamos, vamos al cine, ella me elige la ropa y yo le ofrezco asesoramiento legal para su negocio de bolsos.

La devoción que compartían por sus respectivas profesiones (y los años de experiencia de K.C.) también mantenía la conexión. Orgullosa como estaba de su reinención profesional, K.C., en definitiva, había intercambiado un estilo de vida adicto al trabajo por otro. De la misma manera en que había trabajado interminables jornadas en el despacho cuando era editora, seguidas de noches de lectura de manuscritos, ahora pasaba las tardes leyendo contratos en el sofá del apartamento de alquiler del West Side, situado en un edificio de antes de la guerra y que fue el hogar de sus padres.

No obstante, en tanto que Peri mantenía contacto con una continua multitud de amigos de los cursos de diseño que había dado, la relación de K.C. con Peri llenaba un poco el vacío dejado por Georgia, a la que había conocido cuando era aún una joven editora auxiliar. Para tratarse de una mujer que nunca se definiría a sí misma como maternal, tenía como norma cuidar de los demás y hacerles de mentora. Y sentía un profundo cariño por Dakota, quien en aquellos momentos parecía exasperada por las últimas palabras de K.C.

—Para empezar, ya no hay trastienda —señaló Dakota entre dientes al tiempo que se inclinaba hacia K.C. y le hacía señas para que echara un vistazo a sus espaldas—. De modo que no funcionaría.

—Y, en segundo lugar, nuestra política es la de no asustar a las mujeres embarazadas —añadió Anita, quien entraba entonces por la puerta, a unos dos pasos por detrás de K.C.

Como cada día, Anita llevaba un elegante traje pantalón y una selección de joyas elegidas con muy buen gusto. Era la socia del club más rica y de más edad, y también (todo el mundo coincidiría en ello) la más amable y atenta. Anita cargaba con una hortensia gigante de flores azules; Marty llevaba otra de flores rosadas. Asintió con la cabeza con aire solemne y afirmó:

—Las reformas son excelentes, querida.

Pese a lo dicho, Peri sospechaba que la intención de Anita era principalmente disipar las dudas de Dakota, puesto que ella había comprobado repetidas veces cómo iban las cosas por la tienda.

—Ya estoy aquí, ya estoy aquí —dijo una voz desde las escaleras. Era Catherine, que entró majestuosamente en el establecimiento con cierta fanfarria de cosecha propia, un montón de regalos envueltos de manera muy profesional con papel de colores vivos y una bolsa grande de lona llena de botellas—. Hola, queridas —dijo, y lanzó tantos besos al aire que a cada uno de los presentes le tocaron tres—. Hola, gruñona —saludó a Dakota, y le pasó el brazo por los hombros suavemente mientras contemplaba la habitación—. Pensaba que llegaba tarde. ¿Ha venido ya?

Sonó el teléfono de la tienda. Era Lucie; llamaba para decir que no podía escaparse del trabajo y que no la esperaran. Peri consultó su reloj y dejó escapar un gritito de preocupación. Rápidamente, K.C. sacó una caja de magdalenas glaseadas del fondo del carrito rojo y Catherine abrió una botella mágnam de champán sin hacer saltar el tapón.

—Cuando pienso en el club de punto de los viernes por la noche, siempre recuerdo las copas de plástico —comentó Catherine a Dakota—. Le da un cierto *je ne sais quoi*. —Hizo un guiño a Dakota y logró de ella un encogimiento de hombros.

Desde que, años atrás, Georgia había acogido a Catherine durante su divorcio y dejó que durmiera en el suelo de la habitación de Dakota, entre las dos se había forjado un vínculo

como de hermanas; en muchas ocasiones, durante los años posteriores a la muerte de Georgia, el cinismo y excesivo dramatismo de Catherine habían supuesto un antídoto perfecto para el malhumor adolescente de Dakota. Anita seguía siendo la fuente de amor incondicional de Dakota; a Catherine se le daba muy bien guardar secretos y parecía dispuesta a convertirse en su cómplice, si es que se les ocurría algún plan.

—Por Walker e Hija —dijo Catherine, que tomó un sorbo y luego otro—. Por las reformas, por mi chica favorita y por el club —añadió, y las demás mujeres alzaron sus copas.

Aunque persistía una vaga desazón por las reformas, Peri supo que la velada iba a ser alegre. Cualquiera podía darse cuenta. Toda la pandilla estaba allí, juntas de nuevo; el volumen ya era ensordecedor puesto que todo el mundo hablaba al mismo tiempo, tratando de embutir en unos pocos minutos las novedades de todo un mes. Empezó a relajarse cuando vio que Dakota se dejaba caer en una de las sillas nuevas, pasaba la pierna enfundada en unos vaqueros por encima del brazo del asiento, le gorroneaba un sorbo de champán a Catherine y las dos echaban un rápido vistazo para ver si Anita se había dado cuenta.

Aquella noche Georgia habría estado orgullosa del club de punto de los viernes. Celebraban una reunión especial para darle una fiesta sorpresa a Darwin Chiu, quien, al fin, tras largos años de intentos e ilusiones, esperaba sus primeros bebés.

Porque Darwin y Dan iban a tener gemelos.